

de Jesús, nuestro único Amo; desde Nariño, que sancionó la independencia absoluta de España, "bajo los auspicios de la Inmaculada Concepción de María Santísima, Patrona nuestra," hasta Bolívar, que aclamó en el Congreso de Angostura a Cristo como "Dios de Colombia!"

Y, con motivo del Congreso Eucarístico, y con ocasión del aniversario constantiniano y del jubileo universal, óigase en nuestras plazas y calles este grito de amor y de entusiasmo:

¡ Viva Jesús Sacramentado !

¡ Viva el Dios de Colombia !

14 de septiembre de 1913 (Fiesta de la exaltación de la Santa Cruz).

R. M. CARRASQUILLA

La Expedición Botánica

CAPÍTULO II DE LA BIOGRAFÍA DE DON JORGE TADEO LOZANO,
LAUREADA CON EL PRIMER PREMIO EN EL CONCURSO DEL
CENTENARIO DE CUNDINAMARCA)

El 24 de febrero de 1761 llegó a Santafé don José Celestino Mutis, *nomen immortale quo l nulla aetas unquam delebit* (1). Venía como médico del Excelentísimo señor don Pedro Messía de la Zerda, marqués de la Vega de Armijo, nombrado virrey del Nuevo Reino de Granada. (No como médico y capellán — que dice don José Manuel Groot (2), — pues Mutis sólo recibió la or-

(1) Palabras de Lineo sobre Mutis.

(2) *Historia eclesiástica y civil de Nueva Granada*, tomo II, página 39 (Bogotá, 1869).

denación sacerdotal diez años más tarde, el 19 de diciembre de 1772, que era sábado y témpora, y cantó su primera misa la Nochebuena próxima).

Despreciando la oportunidad que su brillante carrera le brindaba de ir a perfeccionar sus estudios en París, en Leyden y en Bolonia, para lo cual ya estaba elegido por el Rey, “prefirió trasladarse a América, donde esperaba encontrar campo vasto para sus investigaciones científicas” (1)—nos dice el arzobispo historiador González Suárez—y “con la esperanza de recoger, en bien de la ciencia, material abundante para llevar a cabo la obra importante y laboriosa de una historia natural de toda la América septentrional” (2), agrega el eminente Director del Jardín Botánico de Madrid, don Federico Gredilla.

A través de los mares, subiendo el río Magdalena y en sus jornadas de Honda a Santafé—hechas en mula “experimentando el fastidio con que yo camino de esta suerte,” son sus palabras,—el sabio gaditano vino estudiando y clasificando, con la consagración de un benedictino, cuantos peces, insectos y aves estuvieron a su alcance, y recogiendo una gran cantidad de plantas, cuyo cuidadoso arreglo embargó los primeros días de su estancia en la capital del Virreinato; peces, insectos, aves y plantas que fueron el núcleo primario de la obra prodigiosa de la Expedición Botánica.

Con el arribo del señor Mutis, una fecunda florecencia científica se produjo en el Nuevo Reino de Granada. La buena nueva, de que él era afortunado mensajero, vino a iluminar los cerebros, entuñecidos para la investigación durante dos siglos y medio de noche colonial. Fue entonces cuando comenzó a formarse esa juventud maravillosa que hizo la independencia. Mutis trajo la chispa que prendió el gran incendio. España, en un ciclo glorioso de su historia, inició esa pléyade de sabios, a quienes Enrile cortaría la cabeza, porque España, en el ciclo triste de Fernando VII, no necesitaba de sabios.

(1) *Memoria histórica sobre Mutis y la Expedición Botánica de Bogotá*, página 7 (Quito, 1888).

(2) *Biografía de José Celestino Mutis, con la relación de su viaje y estudios prácticos en el Nuevo Reino de Granada*, página 14 (Madrid, 1911).

Florecieron las matemáticas, cuya enseñanza gratuita ofreció el señor Mutis, primero privadamente a algunos jóvenes, y cuya cátedra regentó luego en el Colegio del Rosario, desde los primeros días de 1762 hasta los últimos de 1766. Fue esta la primera vez que se oyeron lecciones de tales ciencias en el Virreinato. “Los principios que guiaban su enseñanza—dice el doctor Diego Mendoza—los reducía a diecinueve definiciones y tres escolios. Proclamaba el método newtoniano, fundado en que el Creador del Universo gobernaba todas las cosas con leyes determinadas y constantes, propias de su sabiduría, o que nacían espontáneamente de la naturaleza misma de las cosas” (1).

Floreció la astronomía, cuya ciencia explicó también Mutis en el Rosario. “Y allí, en plena colonia, y más aún, en pleno siglo XVIII, proclamó verdades estrepitosas y tan revolucionarias como ésta: ¡La tierra gira al rededor del sol! Cosa inaudita, herética, en la atrasada capital de la colonia, donde los padres dominicanos, sumamente atrasados en tales materias, vivían alerta contra las herejías de Copérnico y de Galileo” (2), escribe—y coincide absolutamente con el Barón de Humboldt—don José María Vergara y Vergara (3). Mutis fue, además, el fundador de nuestro gran Observatorio.

Floreció la medicina, ciencia en que era doctor de la Universidad de Sevilla, que había ejercido con reputación en la Corte de Madrid, que ahora ejercía como médico de cámara de Su Excelencia, y que apenas sí era conocida en Santafé, donde los fundadores de tales estudios luchaban heroicamente con el em-

(1) *Expedición Botánica de José Celestino Mutis al Nuevo Reino de Granada*, página 41 (Madrid, 1909).

(2) *Historia de la literatura en Nueva Granada*, página 222 (Bogotá, 1905).

(3) El católico y piadoso Vergara y Vergara, apoyándose en el testimonio de Humboldt, estampó la frase, copiada arriba, sobre los religiosos dominicanos de la época colonial. El concepto es duro, e injusto a nuestro parecer.

Si los dominicos ignoraban la cosmografía de Copérnico, en la propia situación se hallaban todos los demás habitantes del virreinato, y los frailes habían ayudado a preparar una generación que estaba madura para oír y entender al doctor Mutis—LA REDACCIÓN.

pirismo y la superstición. Mutis " fue nombrado Protector y Regente de los estudios de medicina que se erigieron en la colonia, desde 1802, y en él encontró el doctor Isla un apoyo y un desinteresado colaborador " (1), anota el historiador de la medicina en Colombia, doctor Pedro María Ibáñez.

Floreció la metalurgia, hasta entonces completamente rudimental. Mutis enseñó el laboreo científico primero en las minas de *La Montuosa*, de Pamplona, y luego en las de *El Sapo*, de Ibagué. " Como al estudiar la naturaleza virgen de la actual República de Colombia, frecuentaba o visitaba de paso las minas de los diferentes distritos neogranadinos—dice el citado señor Gradilla,—hubo de interesarse por mejorar la explotación de ellas, en vista del atraso en que se realizaba su laboreo, y por espacio de nueve años en dos etapas, o sea desde 1766 hasta 1770 y de 1777 a 1782, miró como asunto principal una industria que, según la creencia general de la época, se tenía por la mejor y más copiosa fuente de riqueza de los pueblos (2)."

Pero más que todas las otras ciencias, florecieron las ciencias naturales, de que Mutis fue Príncipe, *ilustre patriarca*, como lo llamó el gran Humboldt. Florecieron espléndidamente al amparo de la Expedición Botánica, ese cenáculo admirable que Mutis fundó, cuya obra no morirá en los fastos de la ciencia, más meritoria y mucho más fecunda en resultados prácticos que la realizada por Loeffling en el Ecuador, por Ruiz y Pavón en Chile y Perú, en Méjico por Sessé, por Baldó en Cuba, por Cuéllar en Filipinas, y al rededor del globo por Malaspina y sus compañeros.

Como hemos visto, al llegar Mutis a Santafé, ya tenía una base muy apreciable de elementos para su obra. Pero no eran suficientes. Además, por amor a la ciencia y por amor a España, él quería que en esa obra participara y de ella aprovechara el mayor número posible de individuos. Concibió entonces la idea de establecer el célebre Instituto científico, y con este fin se dirigió al rey, en mayo de 1763, en demanda de la real auto-

(1) *Memorias para la historia de la medicina de Santafé de Bogotá*, página 49 (Bogotá, 1884).

(2) Ob. cit., página 142.

rización. La solicitud fue dirigida al monarca por conducto del virrey Messía de la Zerda, quien la acompañó de una explícita recomendación suya. No obtuvo Mutis la pronta respuesta que esperaba, y el 20 de junio de 1764 repitió la petición, de la manera más respetuosa, circunstanciada y encarecida. Tampoco se le atendió entonces.

Pasó Messía de la Zerda. Pasaron Guirior, Flórez y Pimienta. Vino Caballero y Góngora. En 1777 el arzobispo-virrey visitó a Mutis en Ibagué, donde el sabio estaba según sus palabras: " sepultado en mi profundo letargo filosófico, resuelto a concluir mis días en aquella mi elegida soledad, determinado a dejar a la innata piedad del rey la edición de mis obras y la satisfacción de mis deudas." Entusiasmado el señor Caballero y Góngora con los trabajos de Mutis, le prometió ayudarle eficazmente a la realización de sus vastos proyectos.

Algún tiempo después llegó al virreinato la noticia oficial del permiso concedido, por petición del emperador de Alemania, a Humboldt y sus compañeros para recorrer las posesiones ultramarinas de Su Majestad católica. Esto produjo a Mutis la más dolorosa expectativa. Como ya le había sucedido con Nicolás Jacquin, los exploradores alemanes vendrían ahora a arrebatarse de las manos los descubrimientos hechos, con grave detrimento de sus larguísima labores y de la gloria de España. Recordó entonces al virrey-arzobispo sus ofrecimientos. El virrey-arzobispo se dirigió a la corte, y sin esperar la respuesta, creó una comisión científica provisional, con el título de Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada, formada por Mutis, como director, y dos adjuntos: el doctor Eloy Valenzuela, naturalista, y don Pablo Antonio García, dibujante. No queriendo el probo señor Caballero y Góngora gravar al real erario con los gastos de la misión científica, asignó para su sostenimiento 30,000 pesos de su propio peculio.

La expedición fue aprobada por real cédula firmada por Carlos III, en San Lorenzo el Real, a 1.º de noviembre de 1783 (no el 6 de septiembre, como se ha dicho). El señor Mutis fue nombrado director, primer botánico y astrónomo; se le dio una gratificación de 2,000 doblones; se le señalaron 2,000 pesos de renta anual, y se ordenó que se le proveyera de los instrumentos y libros necesarios,

Investida de su real carácter, la Expedición Botánica quedó constituida así: el doctor Mutis, el doctor Valenzuela y los dibujantes García y Pedro Caballero. Hacían también parte de ella, como auxiliares, el Padre Diego García, don Bruno Landete, don Pedro Fermín de Vargas y don José Cambor, muy entendido en geografía.

La Expedición fue instalada en Mariquita. Dice Caldas: "Situada esta ciudad al pie de los Andes de Quindío, en un valle fecundo y en las cercanías del Magdalena, le presentaba (a Mutis) los vegetales de todas las temperaturas y de todos los niveles. Aquí formó los pintores, aquí colectó innumerables plantas, aquí se hizo una parte de las grandiosas láminas, que no se pueden ver sin admiración, y que los sabios de Europa han comparado a las del célebre Smith; aquí escribió, y aquí desempeñó tantas comisiones y tantos otros objetos. Son muy estrechos los límites de este papel (*El Semanario*) para decir lo que este sabio infatigable ejecutó en los siete años de su residencia en Mariquita. (1)."

El malísimo estado de la salud del director, quebrantada por la intensidad de su trabajo intelectual y por la acción debilitadora del clima, y varias otras circunstancias, hicieron indispensable la traslación de la Expedición Botánica a la capital del virreinato. En mayo de 1791 la encontramos, efectivamente, en una amplia casa de la calle de La Carrera (hoy números 173 y 175), en el cruzamiento de esta calle con la calle 7, ángulo noroccidental, en cuyo espacioso huerto se estableció después el Observatorio astronómico. Allí habitaban el director, los pintores y demás empleados del Instituto, se organizó la ya vasta biblioteca, se fundó una escuela de dibujo y se formó el gabinete de historia natural. Don Francisco Antonio Zea ocupó el puesto del doctor Valenzuela; nuevos miembros y nuevos elementos de vida vinieron a vigorizar su poderoso organismo, y la Expedición Botánica continuó su fecunda existencia, acaso con mayor actividad que en Mariquita.

Hemos visto que en 1797 regresó de España don Jorge Tadeo Lozano, discípulo que había sido en Santafé de Mutis y en

(1) Obras de Caldas, página 280 (Bogotá, 1912).

Madrid de las cátedras científicas establecidas por el marqués de la Ensenada. Tenía ahora veintiséis años, la misma edad de Caldas; era dueño de la más valiosa fortuna del virreinato; había concebido la idea de escribir una grande obra—*La Fauna Cundinamarquesa*,—y a hacerlo se retiró a la casa solar de sus mayores, situada a orillas del río de Serrezuela, en el punto llamado *Novillero*, donde se rodeó de todos los elementos necesarios, que expresamente había traído del Exterior.

En 1801, unido al doctor Luis Azuola y Lozano, su pariente, dio don Jorge Tadeo Lozano a la estampa un periódico semanal, llamado el *Correo curioso, erudito, económico y mercantil de la ciudad de Santafé de Bogotá*, que apareció regularmente desde el martes 17 de febrero hasta el martes 29 de diciembre del citado año. Fue éste el tercer periódico publicado en Santafé (no el segundo, como se ha dicho, pues antes que el *Papel Periódico de Santafé de Bogotá*—9 de febrero de 1791—apareció la *Gaceta de Santafé*—31 de agosto de 1785).

"La dulzura de los modales santafereños, la docilidad de sus genios, la viveza de sus talentos y su deseo insaciable de su sabiduría" y "el vehemente deseo de dar muestras auténticas de patriotismo," eran, entre otras, las razones que movían a los Redactores del *Correo curioso*, a emprender la publicación:

Concluía así el editorial del primer número:

"Este es el plan de la obra, que vamos a comenzar al principio del siglo XIX. ¡Qué gloria para todo el reino, y placer para nosotros, si estas pequeñas semillas, de tal manera se reciben, que su cultivo al fin del siglo se halle en estado de la mayor utilidad y común felicidad, logrando nuestra patria el dulce renombre de ciudad y reino floreciente, émula de las glorias de Atenas en su prosperidad, y emporio de las buenas costumbres, ciencias y sabiduría!"

En el número 4 puede leerse este curiosísimo anuncio:

"En la real casa de hospicios se halla un esclavo mozo, de buen servicio, aparente para trabajo recto; es casado con una india, también moza. Quien quiera comprarlo, hable con don Antonio Cajigas, administrador de dicha real casa. Se vende a beneficio de los pobres."

El *Correo curioso* publicó trabajos de aliento y de trascendencia indudable en el desarrollo y progreso del Nuevo Reino de Granada. Merecen citarse especialmente uno "sobre lo útil que sería en este Reino el establecimiento de una Sociedad Económica de amigos del país" (número 39); uno "sobre el medio más asequible para fomentar el comercio activo de este Reino sin perjudicar el de España" (número 41), y uno interesantísimo sobre estadística de la ciudad de Santafé de Bogotá, "conforme al estado en que se hallaba a fines del año de 1800" (números 5 y 6), que no resistimos al deseo de reproducir, si quiera sea en parte.

Dice así:

"Es bien notoria la utilidad que produce el conocimiento del estado de las poblaciones, al gobierno para el arreglo de sus providencias y disposiciones; a los comerciantes, para rectificar el cálculo de sus especulaciones y negocios; a los labradores, para graduar y proporcionar sus sementeras y cosechas; y a todos, para tener el gusto de satisfacer su curiosidad: en este supuesto hemos creído que el público recibirá con agrado y benevolencia el padrón que le presentamos, para cuya formación se han tenido presentes los libros parroquiales y los que anualmente forman los alcaldes-comisarios de barrio; y por nuestra parte hemos puesto toda la escrupulosidad y cuidado posible, tanto para remediar o corregir las omisiones o errores que pudieran por descuido haber ocurrido, como para que salga con la mayor exactitud debida; bien que no nos lisonjaremos de haberlo conseguido, por las dificultades que ocasiona la sospecha infundada de las gentes populares, que ocultan sus nombres y el número de sus familias, creyendo que les puede perjudicar el declararlo; y porque impide hacer las investigaciones correspondientes, la mucha extensión de la ciudad de Santafé.

"Esta hermosa ciudad, capital de su provincia y de todo el virreinato del Nuevo Reino de Granada, está situada a la falda occidental de los dos grandes promontorios o cerros de Monserrate y Guadalupe, que la terminan por el oriente; dominando por el occidente a una vasta llanura llamada de Bogotá. La benignidad de su temperamento, en que pocas veces baja o sube el termómetro de Réamur 12 grados; la fertilidad de su terri-

torio, que regado con abundantes y cristalinas aguas, produce con liberalidad todas las cosas necesarias para la vida; la salubridad de su atmósfera, que rara vez se infesta de vapores pestilenciales; y la grande fecundidad de las mujeres, junto con la longevidad que logran sus moradores, dan esperanzas de que con el tiempo será una de las mejores y más bien pobladas ciudades del mundo; y esta conjetura se comprueba con la experiencia del increíble aumento que ha tenido en doscientos sesenta y tres años que hace que se fundó.

"Esta ciudad, que es la residencia de sus virreyes y de los reales tribunales de la Audiencia, Cuentas y Cruzada, y cuya iglesia catedral es la Metropolitana del Reino, está dividida en cuatro parroquias, y además hace veces de tal la capilla castrense para los militares que aquí residen; tiene dentro de su recinto treinta y un templos, incluidas las ermitas; cuenta ocho conventos de religiosos y cinco de monjas; tiene dos colegios públicos, fuera de los privados que mantienen los religiosos para la enseñanza de los individuos de su orden; hay una universidad pontificia y regia, al cuidado de los reverendos padres de Santo Domingo; una real casa de moneda, y una biblioteca pública, dotada por Su Majestad. Tiene dos hospicios, uno de hombres y otro de mujeres; y un hospital general para la curación de los enfermos, del cual cuidan los reverendos padres de San Juan de Dios. Finalmente, para su mejor policía está dividida en ocho barrios, con sus respectivos alcaldes-comisarios; y el número de manzanas en que se comparte; de tiendas, tanto de casas como de tiendas por donde se manejan; y de almas que la habitan, matrimonios, nacidos y muertos que ha habido en el año de 1800, es en el número siguiente:

".....

"De los antecedentes cálculos resulta que la ciudad de Santafé está dividida en ciento noventa y cinco manzanas, en las cuales se cuentan cuatro mil quinientas diecisiete puertas, cuyas habitaciones ocupan ocho mil ciento noventa y un hombres y once mil ochocientas noventa mujeres, que componen el número de veinte mil ochenta y un almas, a que deben añadirse setecientas diecinueve, que residen en los conventos de monjas, cuatrocientas ochenta y nueve en los de religiosos y ciento setenta y cinco en los dos colegios; cuyas partidas juntas suman veintitres mil cuatrocientos sesen-

la y cuatro, que es el total de la población de esta ciudad, sin incluir los transeúntes, que no bajan de mil, a lo menos, ni los mendigos y vagos, que no tienen casa fija y ascienden a quinientos.

“El presente padrón se ha formado con la mira de que en lo sucesivo quede memoria de la situación en que principió la ciudad de Santafé el siglo XIX, para que por ella se conozcan los aumentos que va teniendo, etc.”

Por aquellos días de 1801 visitaron a Santafé dos viajeros ilustres: el barón Federico Alejandro de Humboldt y el sabio francés Amadeo de Bonpland. Llegados a Cartagena el 28 de marzo, pensaban seguir de allí a Panamá y luego a Guayaquil y a Lima, donde creían encontrar al capitán Báudín. Pero el deseo de conocer a Mutis y a sus compañeros, cuyo nombre era ya famoso en Europa, y de estudiar sus herbarios, sus colecciones zoológicas y mineralógicas, sus manuscritos y sus dibujos, los decidió a subir a Santafé. Después de seis días de permanencia en Cartagena, acometieron el viaje; y treinta y cinco de minuciosa exploración gastaron de la plaza fuerte a la capital del Virreinato.

Dice el historiador de la Botánica en Nueva Granada, don Florentino Vesga:

“Ilustrados en todas las ciencias naturales, adornados en vastos conocimientos en todas las materias del saber, dotados de las más grandes facultades mentales, acabados de salir de en medio de la civilización europea, Humboldt y Bonpland estimularon e ilustraron la inteligencia de Mutis con sus luminosas conversaciones y sus discusiones científicas. Cuarenta años hacía que Mutis había dejado la Europa, y aunque los libros y los periódicos lo imponían de los adelantos de las ciencias y de la marcha de las sociedades ultramarinas, la palabra hablada es siempre más insinuante, más expresiva, más lata que la palabra escrita. Pero por esta misma permanencia en América, consagrada instante por instante al estudio de sus vegetales, de sus animales, de su corteza térrea, de sus fenómenos físicos, Mutis era la encarnación de la ciencia natural de los Andes; y agre-

gando a esta condición su instrucción variada y profunda, y su esmerada educación, reunía en sí mismo todos los títulos y medios para fecundizar, como maestro consumado, el ya bien cultivado talento de los ilustres viajeros. Más aún: la Expedición Botánica, rica de libros y de materiales científicos, aglomerados en diecisiete años de perenne labor; desempeñada y servida por un cuerpo numeroso de hombres inteligentes y acuciosos, cada uno de ellos profesor en su oficio; foco de las luces, de las invenciones y de los descubrimientos útiles de todo el Virreinato; plantel grandioso de la ciencia, sin igual en éste ni en el Viejo Mundo, por el teatro de sus trabajos, por los recursos de subsistencia con que contaba, por la inmejorable calidad de sus empleados, atesoraba inmensas observaciones y elementos nuevos de historia natural, mucho más que suficientes para dar pábulo a la sed de secretos cosmológicos y al criterio filosófico y excelso de hombres como Humboldt y Bonpland. Al visitarla estos sabios, hallaron recopilada en sus estantes la naturaleza de las regiones equinociales de América, coordinada, escogida, clasificada e interpretada por Mutis, Valenzuela, Zea y los demás discípulos del primero. Se puede decir que, aunque los viajeros hubieran permanecido doce años en América, no habrían podido obtener tantos datos acerca de la corteza física de estas regiones, como los que hallaron acumulados en la casa de la Expedición. Seguramente no se hacen cargo de esta circunstancia los que, maravillándose del éxito de este viaje memorable, dicen que parece increíble.” (1)

Demostrado queda, pues, para imperecedera honra nuestra, que Humboldt y Bonpland encontraron aquí listos los elementos necesarios para la inmortal obra científica que realizaron. Y es curioso que personas de la seriedad y competencia del profesor E. T. Hamy, biógrafo de Bonpland (2), no mencione siquiera en su extenso libro el viaje de este sabio a Bogotá.

Entre las personas con quienes trató más íntima y cordialmente el barón de Humboldt en Santafé, figuran don José María

(1) *Memoria sobre la historia de la Botánica en la Nueva Granada*, página 93 (Bogotá, 1860).

(2) *Aimé Bonpland, Médecin et Naturaliste, Explorateur de l'Amérique du Sud* (Paris, 1906).

y don Jorge Tadeo Lozano. Su amistad se prolongó por muchos años, y entre ellos se sostuvo constante correspondencia, a veces directa, ora por intermedio de Mutis. Asociando los nombres de Caldas y Jorge Tadeo Lozano, dice el sabio alemán: "Inclitos botánicos y laboriosos naturalistas."

*
* *

La visita de Humboldt y Bonpland, la admiración que en ellos produjo la Expedición Botánica y el adelanto de las ciencias en esta apartada ciudad, y los elogios que sin reserva prodigaron a los autores de esta obra grandiosa, hicieron crecer más todavía el entusiasmo por el célebre Instituto, el cual tuvo una nueva y vigorosa reorganización. Caldas volvió de su fecundo viaje al Sur y fue encargado de la Sección de Geografía y Botánica. Para entrar a formar parte de la Expedición se necesitaba de Real Orden, y obtenida la respectiva, ingresó a ella don Jorge Tadeo Lozano, a cuyo cuidado se confió la Sección de Zoología.

"Dedicóse entonces—dice Vergara y Vergara—como el mejor cumplimiento de su importante encargo, a terminar su grande obra de la *Fauna Cundinamarquesa*, o sea la colección de dibujo, descripción, clasificación, costumbres, duración y propiedades de todos los animales del Virreinato. Reunidos Mutis, Caldas y Lozano, la Expedición ya nada necesitaba: era el cuerpo científico más homogéneo que había en el mundo. El primero exploraba los vegetales y analizaba los minerales, auxiliado en parte del segundo; éste exploraba el cielo; y el tercero describía los cuadrúpedos que vagaban las selvas que describía Mutis. Rizo y Matiz copiaban al óleo las plantas y los animales que todos tres traían al depósito común, receptáculo universal de las ciencias, en el cual nada faltaba por coleccionar, porque poseía muestras rarísimas en abundancia. Era el momento en que la Expedición, soñada treinta años antes por Mutis, adquiría su perfección, y llegaba, por decirlo así, a su edad núbil y a su mayoría legal. La Naturaleza tropical, rica en extremo, estaba entonces como estuvo el Universo en el momento en que Adán ponía nombre a todos los objetos que Dios había creado para su criatura favorita: las selvas y sus fieras aguardaban nombre de aquellos reyes científicos, y los astros del cielo ecuatorial se

alineaban ante el antejo de Caldas. Pero aquel sublime momento, duró un momento. Mutis, el alma, el jefe de la Expedición, terminó su vida mortal el 2 de Septiembre de 1808 (1); y dos años después el tempestuoso genio de la libertad inspiró en el Virreinato la memorable fiesta del 20 de julio, en que terminó para siempre la Academia científica, compuesta de los discípulos de Mutis, porque todos ellos se cubrieron con el casco guerrero y marcharon unos a los afanes y agitaciones de la política, y otros a los peligros de las batallas." (2).

FABIO LOZANO Y LOZANO

(Concluirá)

Precursores

[*L. Marroquín*. PRECURSORES — Nariño, los Ricaurtes, doctor don José Antonio Ricaurte, Precursor y Protomártir de la Libertad — Centenario de Cundinamarca — MDCCCXIII—MCMXIII—Bogotá—Imprenta Eléctrica—1913—154 páginas en 8.º]

Don Lorenzo Marroquín acaba de ofrendar a la literatura colombiana el interesante libro cuyo título hemos inscrito a la cabeza de estas líneas. En naciones incipientes como la nuestra, los hombres de talento no pueden consagrarse, como en los países de cultura muchas veces secular, a estudios y labores especiales; necesitan, además de ser mucho en algo, ser algo de todo, y los polígrafos, cada día más escasos en el viejo continente, abundan en el nuevo. Entre los nuestros, de la generación que va pasando, ocupa el señor Marroquín lugar muy señalado. Poesía popular a lo Rafael Pombo en *El Tiple*; descriptiva a lo Núñez de Arce, en *La Cosecha*; dramas aplaudidos dentro y fuera de Colombia; novela acerada de costumbres americanas; artículos y folletos políticos, y mucho más que omi-

(1) Veremos que no fue el 2, sino el 11.

(2) Ob. cit., página 361.